

El camino de los guerreros: OBAMA Y CUBA

Por ALFREDO PRIETO GONZÁLEZ

La toma de posesión de Barack Obama abrió las puertas de la Casa Blanca al cuadragésimo cuarto presidente de Estados Unidos y al onceneno que debía bregar con el “problema cubano” al cabo de un conflicto de medio siglo. En ese lapso, la manera de lidiar con “el más cercano de los enemigos” ha recorrido diversas avenidas, caracterizadas sin embargo por la confluencia de los fines y el fracaso de los métodos. Sabotajes, aislamiento político-diplomático, atentados, embargo/bloqueo, guerra bacteriológica, leyes extraterritoriales y “abrazos de la muerte” han conformado un expediente demasiado parecido a sí mismo y constituido herramientas de una política de escaso pragmatismo que parecería fatalmente condenada a la repetición.

Aunque Cuba no es una de sus prioridades, en cuanto a cambios el primero y más visible con Obama es que ningún miembro de la derecha de origen cubano figuró entre los hispanos seleccionados para los puestos claves de su administración: lo nuevo en esta plaza fue la selección de la diseñadora cubano-americana Isabel Toledo para que imaginara la ropa de la primera dama en el acto inaugural del Presidente, y con su talento puso a la prensa a hablar del estilo “fresco y renovador” de Michelle, vestida de amarillo contra las costumbres hasta entonces imperantes.

Pero desde temprano varios expertos señalaron que Obama tenía ante sí la oportunidad de cambiar esa política. La gran interrogante era en qué medida podría dar al traste con la asimetría y la lógica del preconditionamiento, dos de los lastres históricos más gruesos. La parte cubana no dejó de reconocer la importancia de su llegada al ejecutivo, valorándola en sí misma y en relación

con la administración saliente; pero subrayó por las claras que no tenía por qué emprender gestos unilaterales, sino en todo caso involucrarse en un juego recíproco. Había sacado sus cuentas: Cuba ha sobrevivido hasta hoy sin Estados Unidos, incluyendo la época cuando desaparecieron sus aliados en Europa Oriental y la Unión Soviética, y no considera una asunto prioritario la normalización de relaciones -aunque nunca se ha negado a dialogar entre iguales. Por otro lado, mirando alrededor, nunca se había visto tan acompañada de tantos aliados regionales y tan apoyada en distintos foros continentales y mundiales, al margen de los criterios que pueda haber sobre sus políticas internas. Esto le planteaba a Obama la siguiente disyuntiva: incorporarse al concierto de las naciones o pagar el precio del “excepcionalismo americano” al figurar en la foto como el patito feo de la familia. La Cumbre de las Américas fue el escenario impuesto por la coyuntura para mostrar qué tenía en la bola.

La Cumbre de las Américas

En los umbrales de la Quinta Cumbre de las Américas, desde suelo mexicano Obama envió un mensaje al gobierno cubano. Casi al unísono la secretaria de Estado Hillary Clinton reproducía el mismo envío en la vecina Haití. Más tarde, el vocero de la Casa Blanca volvió a la carga al reiterar lo que ambos habían señalado, es decir, las acciones que Cuba debía emprender si quería tener un diálogo con Estados Unidos: libertad para los presos y de prensa. Antes del evento, la administración había anunciado un conjunto de movidas hacia la Isla, dirigidas a liberalizar los viajes de los cubano-ame-

ricanos, redimensionar las remesas y ofrecer propuestas sobre información y comunicación, desde servicios de teléfonos celulares hasta señales satelitales de televisión. Las dos primeras las había señalado el propio Obama durante su campaña presidencial.

La buena voluntad se mide por los fines e intenciones. Pero en este caso no se precisa un diplomado de politólogo para percatarse de dos cosas: la primera, que la noción del enemigo tiene un sorprendente fijador en el imaginario político norteamericano; y la segunda, que se trata, como lo pondría von Clausewitz, de la continuación de la guerra por otros medios a partir del creciente consenso de que la política de fuerza y las presiones no han logrado su objetivo último: deshacerse de un régimen cuya naturaleza se considera intrínsecamente perversa y por consiguiente debe ser *cambiado*. Eso siempre estuvo ahí, pero ahora la *suavidad* comenzaría a asumir el primer plano manteniendo a la vez la política de bloqueo. Obama se montaba así sobre Clinton con su “política de pueblo a pueblo”, ambos enfoques presididos por la idea del rayo de Zeus, no por la horizontalidad, ni por el agua fresca. Y siempre pasan por no admitir al otro tal como es, sino por exigirle *cómo debiera ser*.

Uno de los problemas aquí implicados es que el famoso doble patrón sigue sacando sus narices en la política norteamericana: se sabe, por ejemplo, que en sus relaciones con los saudíes Estados Unidos no les piden prescindir de su forma de gobierno, ni abandonar el whahabismo -una de las expresiones del fundamentalismo islámico, adoptada como religión oficial de Estado-, ni tampoco que las mujeres puedan ejercer el derecho al voto. Según muchos expertos, la explicación podría resu-

mirse en tres palabras claves: intereses, petróleo y aliados. Con Cuba, sin embargo, es distinto: la mano de Obama, que emerge de un “compromiso crítico y constructivo”, la mueve el síndrome de “hazme una señita”: significa solicitar al de abajo cambios domésticos que, en todo caso, son un asunto de estricta competencia de los cubanos. El viejo topo de la asimetría seguía flotando en medio del Estrecho.

En la Cumbre, prosperidad y seguridad fueron dos de los puntos nodales del discurso de Obama, pero el tema de Cuba emergió tanto o más de lo que se esperaba, a pesar de no estar incluido oficialmente. Allí el norteño experimentó una vez más lo que se siente al ser minoría, pero no en un barrio de Chicago, sino en el Sur del continente: fue el único de los 34 presidentes que hablaba en *American Standard English* -lo mismo le había ocurrido a los anteriores, pero ahora era distinto- y también el único que llegó con un viejo lastre en sus maletas, ampliamente repudiado en el Sur del continente, así como en las Naciones Unidas. Hablando de la política norteamericana hacia la Isla, los mandatarios emplearon palabras y expresiones como “anacronismo”, “levantamiento” y “supresión de la lógica bipolar”. Provenían esta vez, entre otros sitios, de los movimientos sociales, los pueblos originarios, los militares de base, la Teología de la Liberación, los economistas anti-neoliberales y la prensa de izquierda. En el fragor del evento, el Presidente norteamericano dijo: “creo que podemos llevar las relaciones estadounidense-cubanas por una nueva dirección (...) Estados Unidos buscan un nuevo comienzo con Cuba. Sé que es un largo viaje para superar décadas de desconfianza, pero hay pasos que podemos dar hacia un nuevo día», para algunos una reacción a las palabras de Raúl Castro durante su viaje a Venezuela para la Cumbre del ALBA.

Del lado norteamericano, la tendencia consiste en mover el dominó y en cuestionar, desde posiciones tan diversas como diferentemente motivadas, la operatividad de un esquema político fracasado por la obstinada perseveran-

cia de los hechos. El Secretario General de la OEA, José Miguel Insulza, ratificó la relevancia que Cuba había adquirido en ese contexto: era, dijo, “un tema en Estados Unidos como no lo era hace algún tiempo”. Pero la cuestión cubana no puede verse con un nivel de suficiencia en sí misma, sino como parte del problema de la política norteamericana hacia América Latina, necesitada de un cambio estructural. No se trata entonces de un asunto coyuntural, sino de un viejo *corsi e ricorsi*: aquella ha sido históricamente reactiva y no ha logrado un proactivismo consistente, para usar un neologismo de moda. Lo más próximo a esta administración es, de nuevo, el clintonismo, que en la Cumbre de Miami verbalizó la necesidad de una “relación bilateral madura”, la cual al final del día acabaría repitiendo muchos de los *tracks* de las políticas republicanas. Terminada la Guerra Fría, las relaciones con América Latina ni entraron en una “nueva era”, ni fueron ni recíprocas ni multilaterales, sobre todo después del 11 de septiembre, en que la seguridad y el terrorismo, vistos desde la perspectiva norteamericana, pasaron a ocupar gran parte del horizonte visual y demasiado a menudo implicaron nuevas modalidades de intervención militar. O muros que ni resuelven la migración ilegal, ni impiden el tráfico de narcoarmas en una de las fronteras más porosas del mundo. Es una de las espinas atravesadas en la garganta de los mexicanos,



sobre todo por su alto costo social y la disrupción de la gobernabilidad.

Los viajes

Uno de los resultados de la relación bilateral había sido la existencia de toda una infraestructura para el movimiento de mercancías y personas, una historia que puede rastrearse en el tiempo y que alcanzó su punto más alto durante los años 40-50 del pasado siglo. Un sistema de *ferries* conectaba a la capital cubana con distintos puntos de la Unión a través de Key West -por vía marítima venían no sólo automóviles para actividades comerciales, sino también pasajeros para experimentar el “paraíso bajo los Trópicos”. El desarrollo de la aviación redundó en una conexión rápida y eficiente. En fecha tan temprana como 1920 la *Havana American Steamship* estableció vuelos diarios Miami-Habana en los que montaban hombres de negocio, capos de la *cosa nostra* y turistas ordinarios. Veinte años después, en 1940, la *Pan American Airlines*, que había inaugurado sus operaciones en Cuba en 1927 con un vuelo Key West-Habana, llegó a brindar un servicio de unos 28 vuelos al día.

Este sistema de transporte aéreo se utilizó para la llegada a Estados Unidos de la emigración de los primeros años de la Revolución, pero en 1962, al calor de la Crisis de Octubre, los vuelos entre Cuba y Estados Unidos fueron suspendidos. En general, durante la primera oleada -1960-1962-- arribaron a Estados Unidos más de 200 000 personas. En 1965, después de Camarioca, se restauraron los vuelos Miami-Varadero en lo que se conoce como los “vuelos de la libertad” o *airlift* (y de este lado, “el puente aéreo”), actuante hasta 1973, en que fue cancelado por ambos gobiernos. Por esta vía llegaron a territorio norteamericano unos 260 mil cubanos. Se trataba de viajes en una sola dirección, toda vez que el diferendo y las regulaciones del bloqueo implicaron una ruptura de los vínculos en todos los terrenos; los vuelos serán utilizados para ejecutar los acuerdos bilaterales. En 1978, a falta de una

conexión directa, los participantes en el Diálogo tuvieron que trasladarse a Cuba por la vía de Jamaica (una de las empleadas entonces para emigrar a Estados Unidos), pero este patrón cambiaría al inaugurarse las entradas masivas de cubano-americanos a la isla por un tiempo determinado por las regulaciones migratorias nacionales, ajustadas al efecto. La expresión “vino de visita” apareció entonces en el lenguaje cotidiano nacional para designar no a cubanos que vivían en el interior del país, sino en distintos lugares de Estados Unidos, Europa y América Latina. Las visitas constituyeron la primera laja de la re-conexión entre las dos orillas al cabo de veinte años de separación; se estima que en 1979 vinieron a la Isla alrededor de 100 000 personas.

Al calor del conflicto centroamericano y de su obsesión con “la amenaza soviético-cubana” en la zona y las apelaciones a “ir a la fuente” -es decir, proceder *manu militari* contra Cuba-, la administración Reagan endureció la política, comenzando por limitar los viajes a la Isla -que habían sido liberados por Carter-- a diplomáticos, periodistas y académicos bajo el ala del *Trading with the Enemy Act*, una legislación actuante desde la Revolución de Octubre. Esto ocurrió en 1982. Más tarde, implementando una de las recomendaciones del *Informe de Santa Fe*, y con el concurso de la Fundación Nacional Cubano-Americana, creada en 1981, puso a funcionar la emisora Radio Martí (1985), hecho al que respondió el gobierno cubano con la suspensión de las visitas de los cubano-americanos y de los acuerdos migratorios alcanzados un año antes. Esta medida duraría un año; luego las autoridades cubanas establecieron un sistema de cuotas que estuvo vigente hasta mediados de la década de los 90.

Como respuesta a la crisis de los balseros (1994), la administración Clinton prohibió los vuelos directos y las visitas familiares, excepto en casos humanitarios extremos autorizados por la *Office of Foreign Assets Control* (OFAC). Pero en 1999, después de la visita del papa Juan Pablo II a la Isla, con su conocida apelación de que Cuba

se abriera al mundo y el mundo a Cuba, los restauró como parte de su política de *people-to-people*. Este fue un primer paso, acompañado por el envío de dinero sujeto a límites cuantitativos. El otro consistió en la expansión de contactos personales entre ciudadanos de ambas naciones en términos de intercambios académicos, religiosos y deportivos, así como la promesa de hacer más fácil y expedito el otorgamiento de visados a los cubanos.

Se produjo aquí, además, una novedosa al aprobarse vuelos directos a Cuba desde las ciudades de Nueva York y Los Ángeles, rompiéndose con ello el monopolio de Miami. El resultado no se hizo esperar: de acuerdo con estimados, en 1999 habían visitado Cuba alrededor de 140 000 personas procedentes de Estados Unidos. En el año 2000, unas 160 mil. Y según estadísticas del Departamento del Tesoro, una cantidad similar había viajado legalmente a Cuba en 2002, año en que la cifra de viajeros ilegales se estimaba entre 22 mil y 25 mil. Ambas categorías hacían un aproximado de entre 182 mil y 185 mil visitantes anuales.

Pero la administración Bush se movió en una tesitura muy diferente. Como bien se conoce, a partir del verano de 2004 las categorías familiares autorizadas a viajar a Cuba fueron limitadas de manera drástica, al restringirse a “miembros de la familia inmediata de la persona” -padre, madre, esposa-esposo-hijos, abuelos, nietos-, lo cual, según se señaló en su momento, ignoraba olímpicamente el sentido de familia actuante en la cultura cubana a ambos lados del Estrecho. Bush además limitó los viajes autorizados a uno cada tres años, una acción dirigida especialmente contra el sector más fresco de la emigración. Esto implicó una sensible caída de los vuelos y la consiguiente afectación tanto a los negocios como al movimiento de pasajeros y las relaciones interpersonales directas. También limitó a cien dólares diarios los gastos de los cubano-americanos autorizados a viajar a Cuba.

Moviendo el péndulo respecto a su predecesor, el 13 de abril de 2009 la administración Obama anunció la am-

pliación de los viajes a Cuba a varias categorías familiares (hasta la tercera línea de parentesco) y cambios en la política sobre las remesas. Por otro lado, el 22 de mayo propuso reanudar las conversaciones migratorias, suspendidas de manera unilateral por la administración previa, con el propósito de garantizar una migración legal, segura y ordenada, un problema importante para ambos Estados (la primera ronda se efectuó el 14 de julio; en el 2010 continuaron en febrero y junio). Asimismo, en septiembre dio otro paso: conversaciones para restaurar los servicios de correo directo entre los dos países, suspendidos en 1963. En cuanto al envío de paquetes, informó una novedad: ahora podían contener no sólo alimentos y medicinas, sino también cámaras digitales, computadoras personales, aparatos de televisión y de radio, siempre que no los recibieran, como en el caso de las remesas, funcionarios del Partido Comunista o del gobierno.

Lo cierto es que, como resultado de ese cambio, hoy se está en presencia de un *boom* de los viajes hacia Cuba: hay entre 45 y 50 vuelos semanales, originados en su mayoría en Miami, pero también salen de Nueva York y Los Ángeles. Según Armando García, de Marazul Charters, “desde que en abril de este año (2009) se levantaron las fuertes restricciones de la era Bush, la afluencia de viajeros ha ido en aumento”. Durante el primer trimestre de ese año se estimaba que unos 30 mil pasajeros habían viajado a Cuba, y en el segundo, 55 mil. En definitiva, unos 200 mil cubano-americanos visitaron la Isla al concluir 2009. Y proyecciones más recientes indican que la cifra ascenderá a 300 mil personas al cierre del 2010, a pesar del impacto de la crisis económica en Estados Unidos.

Las remesas

Las remesas constituyen un dato de transnacionalización crecientemente estudiado a partir de su lugar en las economías latinoamericanas, y revelan inequívocamente la conexión de las culturas nacionales con sus comunidades diaspóricas. Constituyen otro

de los indicadores del cambio cubano, al punto de convertirse en uno de los soportes de la economía. Según estimados de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en Cuba pasaron de 50 millones de dólares a principios de los años 90 a 700 millones a fines de esa propia década; las cifras más aceptadas las sitúan entre 900 y mil millones anuales. Llegaron a ser la tercera fuente de ingresos del país. El caso comporta características *sui generis* que constituyen tanto un resultado de la política norteamericana como de cambios en la economía nacional y en las políticas gubernamentales hacia los cubanos en el exterior.

En primer lugar, están sus vías de ingreso. Las remesas no llegan a Cuba ni única ni principalmente mediante métodos formales, no sólo por las limitaciones a que se les ha sometido históricamente, sino también debido a la carestía de lo que el remitente debe desembolsar por el servicio -según estimados, un promedio de unos 28 dólares por cada 200 enviados. Este es el origen de las llamadas "mulas", que traen a la Isla dinero y mercancías varias. Según algunos estimados, alrededor del 60 por ciento del efectivo que llega a la Isla procedente de Estados Unidos lo hace por vías informales.

En segundo, los montos. El envío de dinero fue autorizado por la administración Clinton en 1999, con el

empoderamiento de la Western Union para efectuar las transferencias de fondos y con la apertura de sucursales en La Habana y otros lugares. Pero entonces las cantidades fueron limitadas por el gobierno norteamericano a mil 200 dólares anuales por núcleo familiar. Estas restricciones las levantó la administración Obama: no hay límites cuantitativos ni periodicidad (*Office of Foreign Assets Control*, TG-273, 3 de septiembre de 2009). Pero mantuvo la no accesibilidad del dinero enviado en el caso de funcionarios del Partido y el gobierno cubanos, una prohibición en los hechos bastante poco manejable del lado de allá.

En tercero, su relación con el consumo. Las remesas vienen al rescate de muchas familias en tiempos de crisis, sobre todo de aquellas cuyos miembros no están insertados en cualquiera de los bolsones de la economía emergente. Estos envíos son también consecuencia de nuevas estrategias de sobrevivencia en el seno familiar, como la de que uno o varios miembros del núcleo decidan emigrar para ayudar económicamente al resto, según lo documenta el filme *Video de familia*, del realizador Humberto Padrón (la globalización no es un hecho ajeno a la Isla, como parecen sugerir fuertemente imágenes circulantes en el exterior, sobre todo desde que Wenders decidió viajar a Cuba para filmar su *Buena Vista Social Club*).

Como resultado de esa estrategia, y de otras como los servicios técnico-profesionales durante un tiempo específico en el exterior, el acceso a la moneda libremente convertible ya no suele ser tan restringido y limitado como lo fue hace más de una década. Las misiones en países tercermundistas han aumentado en la medida en que se expande la colaboración cubana con los distintos gobiernos de izquierda de América Latina y con países africanos.

En cuarto, la brecha de las desigualdades. El acceso al dinero del exterior marca una diferencia en niveles de consumo y de bienes y servicios. Este patrón de asimetría está atravesado, además, por diferencias raciales, lo cual se sustenta en el hecho de que la emigración cubana hacia Estados Unidos ha tenido, históricamente, un fuerte componente de población blanca, por lo menos hasta el Mariel: se estima que el 86 por ciento de los emigrantes cubanos allí radicados se autoperciben como tales -y en Miami, el 92 por ciento. El problema, sin embargo, debe ser puesto en perspectiva porque podría conducir a la idea errónea de que en Cuba los afrodescendientes se encuentran privados del acceso a las divisas, lo cual no es enteramente cierto si se considera que a menudo desempeñan funciones dentro del trabajo por cuenta propia -mecánicos, constructores, plomeros, etc., servicios bastante caros y abrumadoramente cobrados al cliente en CUC-, lo cual les permite tener acceso a esa moneda, a veces incluso de manera más sistemática que las familias que reciben dinero de Miami y en general del exterior.

Los últimos estimados disponibles arrojan que en 2009 los cubano-americanos mandaron alrededor de 600 millones de dólares. Pero la plata que entra por vías informales es imposible de cuantificar con exactitud, tanto la de las mulas como la de los mini-bancos, una red horizontal de entrega de efectivo *in situ* en formas que reducen los costos de los mecanismos institucionales y el gravamen impuesto al dólar por el gobierno cubano. Frecuentemente se asume una ecuación: a más viajes, más dinero; sin embargo, esto puede no ser tan lineal



debido a la crisis. De cualquier manera, el envío de dinero constituye hoy un componente fundamental en la política norteamericana hacia Cuba, dirigido a fortalecer de esta manera sectores de la sociedad civil, la cultura del *laissez faire* y el desenganche del Estado. Esta medida no cuenta con el respaldo del exilio histórico, pero en cambio resulta crecientemente apoyada por la emigración establecida en Estados Unidos a partir del Mariel y, en particular, por la llamada nueva emigración de los años 90, como lo muestran consistentemente las encuestas más recientes de Florida International University y otras.

Las encuestas de opinión (también en Miami)

El embargo/bloqueo fue una medida adoptada por el presidente John Fitzgerald Kennedy en el otoño de 1961. De entonces a hoy, salvo pequeños instantes que son como pequeños chispazos -aludo a las flexibilizaciones al respecto adoptadas por la administración Carter (1976-1980)-, ha estado grabado en piedra. Como se sabe, fue codificado por el Congreso durante los años 90 (leyes Torricelli y Helms-Burton).

En esa misma década, al calor del desmantelamiento del socialismo estatista y burocratizado en Europa del Este, en Estados Unidos toman mayor fuerza las dos posiciones clásicas del espectro a la hora de lidiar con el “problema cubano”: por una parte, la aislacionista, típica de los republicanos -*aunque no únicamente*-, apuesta por mantenerlo a ultranza, en el entendido de que llevaría “la democracia al pueblo cubano” y funcionaría como una olla de presión sobre la sociedad civil contra el Estado: según esta óptica, levantarlo constituiría una manera de legitimar al régimen de La Habana. Por otra, la pragmática, característica de los demócratas (*aunque también no únicamente*) propugna revisar una política fallida que no ha logrado sus objetivos históricos en el sentido de liquidar al socialismo en Cuba, personalizado en las figuras de Fidel y Raúl Castro. Esta colisión de perspectivas, en realidad dos maneras de lidiar con un viejo enemigo, tiene en el ac-

tual contexto una peculiar plataforma de repunte, aun cuando la política hacia la Isla no constituya una de las prioridades del momento ante problemas como Iraq, Afganistán e Irán. Militares, congresistas, instituciones académicas, foros universitarios y órganos de prensa reciclan una discusión en la cual lo distintivo es el cuestionamiento del embargo/bloqueo, al calor de la atmósfera entronizada en Washington por la administración Obama.

En términos de opinión pública, en agosto de 2009 una encuesta de la firma Bendixen and Associates arrojó que los cubano-americanos estaban divididos acerca del empleo del embargo/bloqueo como instrumento de política hacia La Habana. Un 41 por ciento de los encuestados se oponía a mantenerlo, mientras un 40 por ciento lo apoyaba. Un ejecutivo de la Bendixen dijo que el hecho reflejaba una “evolución de ideas” en el exilio, y que esos resultados hubieran sido una herejía seis o siete años atrás. “Después de 50 años”, subrayó, “algunos cubanos han llegado a la dolorosa conclusión de que el embargo quizás no ha sido la herramienta más efectiva contra el régimen de Castro».

Pero estos hallazgos pueden hilarse más fino si se consideran variables como la edad y el momento migratorio de que se trate. En Bendixen, el 62 por ciento de los cubanos llegados a Estados Unidos en la década del sesenta (o antes) favorecen el mantenimiento del embargo/bloqueo, pero la mayoría de quienes arribaron a partir de la década del ochenta está a favor de su levantamiento, lo cual denota una continuidad con mediciones previas, como las del Institute for Public Opinion Research de Florida International University (FIU). Etáreamente, aquí el 65 por ciento de las personas comprendidas entre 18 y 44 años, así como el 53 por ciento de entre 45 a 64, se oponían a él, mientras que entre los mayores de 65 años sólo el 32 por ciento se proyectaba de igual modo -lo cual significa, en otras palabras, que un significativo 68 por ciento favorecía la línea musculosa. Y consideradas desde el ángulo de la fecha de entrada al país, las cifras

resultan igualmente ilustrativas: entre los llegados antes de 1980 -se trata de la emigración pre-Mariel-, sólo el 35 por ciento estaba opuesto, mientras quienes lo hicieron entre 1980 y 1998 el 57 por ciento estaba en contra, cifra bastante más alta entre los que habían entrado en Estados Unidos después de 1990 -es decir, los de la llamada nueva emigración (71 por ciento).

Más allá del enclave, en abril de ese mismo año una encuesta de ABC News/Washington Post mostró tendencias que apuntalan una vez más la idea del cambio. Un 57 por ciento de los norteamericanos consideró que el embargo debía suprimirse, contra un 36 por ciento que opinó lo contrario; una mayoría (55 por ciento) se pronunció por permitir que los norteamericanos pudieran viajar libremente a Cuba en ejercicio de sus derechos constitucionales -un claro mensaje al Congreso. El 60 por ciento favoreció el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos Estados, contra sólo un 30 por ciento que se oponía. Incluso una encuesta de la Fox, cuya audiencia dista mucho de estar compuesta por liberales o radicales de izquierda, mostró resultados similares o ligeramente superiores (el 59 por ciento se pronunció a favor de las relaciones bilaterales, contra un 30 por ciento que se opuso).

Dos días después de anunciados los cambios en la política de viajes y remesas, la misma Bendixen & Associates aplicó una encuesta en el área de Miami Dade y Broward cuyos resultados dieron lugar a una polémica. De acuerdo con estos, el 72 por ciento de los encuestados se mostró favorable, entre otras cosas, al diálogo con el gobierno de Raúl Castro, el 20 por ciento se opuso y el 8 por ciento manifestó no tener opinión alguna al respecto; por otra parte, el 64 por ciento favoreció los viajes de los cubano-americanos y el 67 por ciento aprobó la libertad de los norteamericanos para venir a Cuba. Pero de ahí salió un resultado más grueso en la esfera de lo político: el 67 por ciento tenía una buena opinión del presidente Barack Obama en el contexto de una comunidad cuya filiación republicana, por oposición a las otras

minorías, ha sido un dato histórico. Sólo un 20 por ciento se mostró contrario a la labor del nuevo presidente al cabo de los famosos primeros cien días de gobierno.

De inmediato estos hallazgos fueron puestos en duda por varios emisores del exilio duro, cuya línea pública se dirigió a tratar de deslegitimarlos cuestionando su profesionalidad y manejando el dato de que proyecciones anteriores de esta misma firma no habían sido avaladas por los hechos, como en la votación a favor de los congresistas cubano-americanos de la Florida durante las últimas elecciones. El mensaje era claro: el partidismo de Bendixen, asociado con los demócratas, había sesgado la medición.

Ninguna encuesta es infalible, pero parafraseando el refrán español, si se ladra es porque se cabalga. Asumiendo incluso el margen de error de más-menos 4 por ciento que declararon los encuestadores, las tendencias a la moderación, los puentes y a un nuevo tipo de interacción con la Isla constituyen uno de los datos más relevantes del actual Miami, determinadas entre otras cosas por el *gap* generacional y la llegada de la nueva emigración de los 90, cuyas visiones sobre la realidad cubana difieren un muchos casos de las del exilio tradicional. Y esta encuesta no es lo único que lo indica, como bien se sabe. Es evidente que en ciertos puntos Miami se está moviendo en un sentido similar a la sociedad global norteamericana. Las encuestas allí implementadas han mostrado tradicionalmente, como norma, una percepción favorable a normalizar relaciones con Cuba y a defender el derecho constitucional de viajar sin cortapisas a la manzana prohibida. Por esgrimir sólo un botón de muestra, durante el reaganismo, una de las épocas más álgidas en las bilaterales, una pesquisa de la Potomac Associates arrojó que a pesar de la visión negativa que se tenía sobre Cuba entre los líderes y el público, la mayoría de los encuestados se mostró de acuerdo con negociaciones entre los dos gobiernos para normalizar relaciones. Mientras eso ocurría, mencionar en Miami la palabra “diálogo” podía tener un costo. Ahora la cues-

tion es más fuerte, retroalimentada por la idea de que la política de la olla de presión no ha funcionado. De acuerdo con un sondeo nacional del International Policy Attitudes Program, de la Universidad de Maryland (2009), el 59 por ciento de los encuestados favorece “un nuevo *approach*” a Cuba, el 75 por ciento cree que se deben efectuar conversaciones bilaterales y el 70 por ciento que los norteamericanos deben ser libres de viajar a la Isla.

La diplomacia de la guitarra

Obama también retomó los contactos culturales, empezando por autorizar el concierto Paz Sin Fronteras, liderado

y Howie Dorough, dos de los *Backstreet Boys* cuando vinieron a Cuba y se hospedaron en el Hotel Nacional en condiciones de privacidad total, por sólo mencionar un caso.

A su regreso a Miami, la tradición empezó a coletear. El colombiano fue acusado de complicidad con el régimen, de “cambiar la camisa negra por la roja” -obviamente, un exceso-, amén de las amenazas de boicotear y destruir su discografía. Uno se queda con la impresión de que a esta gente le gusta emprenderla con los que viven en el pueblo. Un poco antes, varios actores norteamericanos, a quienes la moji-ganga de la política positiva les resbala como mantequilla sobre plancha



por Juanes, quien primero visitó Cuba para los detalles organizativos. La visita fue muy breve, pero pudo pasear por las calles de La Habana Vieja, donde fue saludado espontáneamente por los fans que encontró en su recorrido. La evidencia le dictaminó que la tesis del aislamiento cubano, tan difundida, tenía problemas de ajuste; de otro modo, nadie lo hubiera reconocido. Por ese camino también han transitado, entre otros, músicos como Kevin Richardson

caliente, viajaron Cuba e intercambiaron con escritores y artistas en la sede de la UNEAC, pero no hubo mayores tsunamis verbales. El dato de vivir en Miami y de ser un latino que se aparta de alguna manera del mantra y de la conducta “políticamente correcta”, implica la inclusión en el banquillo de los acusados, incluyendo en el expediente una entrevista de TV en Univisión que parecía más un proceso inquisitivo que un servicio de información pública.

Dicho de otra manera, es obvio que lo que piensan los exiliados históricos sobre los intercambios culturales y las visitas a la Isla no suele interesar para nada a los actores de Hollywood, quienes por su abrumadora condición de liberales los ignoran olímpicamente, aun cuando en ese peculiar maximalismo se les catalogue de “comunistas”.

La movida expresa tendencias de cambio en Miami-Dade que desafían las perspectivas de los históricos, como lo revelan de manera inequívoca las encuestas citadas. Estos son los cimientos de Juanes. Antes de venir a Cuba el artista se entrevistó con la secretaria de Estado Hillary Clinton y con funcionarios de la Casa Blanca y de la Sección de Intereses de Cuba en Washington DC. Para colmar la paciencia de los duros, el Departamento de Estado le dio un espaldarazo a la idea de tocar en la Isla, sin apoyarla oficialmente, pero a la larga manifestándose a favor de este tipo de intercambios culturales porque aumentaban el entendimiento entre los pueblos -una idea que, curiosamente, ambos gobiernos comparten, aunque por razones distintas. “Tenemos todo el respeto por Juanes y esperamos que tenga mucha suerte en su proyecto”, declaró el portavoz del Departamento

En una conocida localidad del South West un grupo de vigilantes pasó de la retórica a los hechos al destruir a martillazos varios CDs y quemar una camisa negra. No es un dato raro: una vez le prendieron fuego a un cuadro del pintor cubano Manuel Mendive y otra quitaron a golpes de martillazos y patas de cabra a lápida porque una famosa artista mexicana había estado una noche en el cabaret Tropicana, entre otras acciones de ese tipo. La residencia de Juanes, en el exclusivo Key Biscayne, se vio custodiada por la policía ante la emergencia de nuevas amenazas, incluidas las de muerte, vía su página Twitter. “Odio lo que estás diciendo, pero morirás defendiendo tu derecho a decirlo” -le escribieron distorsionando una conocida frase de un pensador de la Ilustración francesa. Una conspicua representante del maximalismo dijo que esos actos los organizaba el gobierno cubano, “como se había demostrado en el juicio con-

tra los cinco espías”, una declaración que, entre otras cosas, soslayaba el amplio expediente de amenazas de bombas y atentados perpetrados en Miami desde que ellos mismos inventaron el despectivo “dialogueros” para designar a quienes se apartaban de su peculiar conducta en su búsqueda de líneas de comunicación con la Isla, al margen de su filiación política. Y también obviaba que las numerosas pugnas internas entre los grupos del exilio, documentadas incluso por el propio FBI, en muchos casos terminaron con automóviles volando por los aires o a pistoletazo limpio.

Pero se trata de una reacción propia de grupos extremistas. En el espectro de posturas socializadas ante el proyecto de Juanes sobresalían otras organizaciones del exilio con un punto de vista contrario, lo cual remite al clásico problema de la coincidencia en los fines, pero no en los métodos. Estos grupos, que apoyaron el concierto, tienen su agenda propia, proyectan una visión bastante cerrada de la realidad nacional y suelen atribuir cambios y aperturas a factores externos como las visitas de la llamada comunidad cubana, en 1978, o del papa Juan Pablo II en 1998. Aunque este último evento, igualmente controvertido en el exilio, redundó en una mejoría de las relaciones Iglesia-Estado y en el estatus de los creyentes cubanos, no fue sin embargo el Armagedón imaginado respecto a la caída del régimen político, como tampoco los viajes de cubano-americanos constituyeron la causa de la emigración del Mariel (1980), toda vez que esta respondió, en última instancia, a contradicciones internas acumuladas por la propia sociedad isleña y a la acción histórica de la política migratoria norteamericana. Los académicos más serios y respetados que han estudiado a profundidad el hecho no le han echado la culpa de la salida de alrededor de 125 mil cubanos a los contactos familiares.

El concierto se efectuó, finalmente, el 20 de septiembre de 2009. La TV cubana, que contrariamente a los medios del exterior le había otorgado a la noticia cierto bajo perfil, comenzó a incrementar la cobertura sobre la idea

de Juanes y su génesis. A escasas horas del evento, se exhibió un documental de la periodista Esther Barroso con entrevistas a Amaury Pérez, Silvio Rodríguez, Carlos Varela y otros artistas y promotores musicales, escoltados por declaraciones de Ileana Ros-Lethinen y Lincoln Díaz Balart -algo que no ocurría desde el caso de Elián González- y varios músicos y analistas de Miami, en general percibidas por el cubano ordinario con una mezcla de asombro y estupor. Se oyeron de viva voz cosas tales como que el Che Guevara era un asesino, que el Gobierno estaba en guerra contra su propia población y alabanzas de la “posición firme y de principios” del presidente George W. Bush hacia Cuba. Lo cierto es que mientras de este lado, y del otro, los ciudadanos de a pie -en especial los más jóvenes- asumieron a Juanes con el amarillo de la flauta china, sectores jurásicos del exilio lo hicieron con la negrura de la tuba. El aislamiento tiene muchas avenidas; juicios como los citados constituyen sólo una parte de la capa de manteca que los separa del muro del Malecón.

Correo directo: la visa de Bisa

La visita a Cuba de la subsecretaria de Estado Adjunta para América Latina, Bisa Williams, el 17 de septiembre de 2009, constituyó otro hecho singular en las relaciones bilaterales. Era la funcionaria norteamericana de mayor nivel que pisaba suelo cubano desde el año 2002. Acompañada por funcionarios del Departamento de Estado y del Servicio Postal de Estados Unidos, Williams sostuvo conversaciones con una delegación encabezada por el vicescanciller Dagoberto Rodríguez sobre la reanudación del servicio de correo directo entre ambos países, interrumpido en el año mencionado. En la figura de Phillip J. Crowley, el Departamento de Estado mostró su satisfacción por los resultados del diálogo, al que calificó de positivo y en correspondencia con la línea de unir a las familias y de “aumentar el flujo de información hacia el pueblo cubano”. La parte norteamericana visitó un centro de procesamiento

postal, ofreció invitar a los cubanos a hacer lo mismo en Estados Unidos y anunció que ambas delegaciones se reunirían de nuevo para dar continuidad a las pláticas.

Evidentemente esta movida, junto al reinicio de las conversaciones migratorias, bastaría para una cobertura sostenida por parte de los medios de prensa. Pero estos se dieron a la labor de difundir la idea de que “algo está sucediendo”, como se dice en “Muro”, la canción del trovador cubano Carlos Varela. En primer lugar, por un problema de tiempo: Bisa Williams estuvo seis días en La Habana, más allá de finalizado el encuentro; en segundo, por lo que hizo: participó en un coctel con intelectuales y artistas cubanos en la mansión del jefe de la Sección de Intereses, Jonhattan D. Farrar, al que no fueron invitados los llamados disidentes (aunque también se reuniera por separado con estos), visitó varios lugares afectados por los huracanes en la provincia de Pinar del Río e incluso asistió al concierto de Juanes, lo cual le concede el mérito histórico de ser la primera funcionaria norteamericana de alto nivel que se mueve al son de la música latina en la Plaza de la Revolución.

Aunque ambas partes se proyectaron con discreción pública, una vez conocida la novedad se sintió con fuerza telúrica en algunas oficinas del Congreso, en Washington D.C. Percibiendo que el piso se le estaba moviendo, la derecha congressional cubano-americana solicitó al Departamento de Estado una “reunión informativa inmediata” sobre las actividades de Williams, por considerar que se habían elevado “a niveles innecesarios” los contactos con el gobierno cubano. En una carta al subsecretario de Estado William J. Burns, Ileana Ros-Lethinen, Lincoln Díaz-Balart, Mario Díaz-Balart y Albino Sires estimaron inconcebible que el diálogo (se enfocaría sólo en el correo, pero también abarcó emigración y asuntos consulares) “fuera llevado tan ampliamente que el Canciller cubano lo describe como cubriendo temas de una agenda global”, en realidad una alusión a la lista de problemas enuncia-



dos en las Naciones Unidas por Bruno Rodríguez Parrilla y que incluye, entre otros, el bloqueo, la Ley de Ajuste Cubano, la supresión de Cuba de la lista de países terroristas, Radio y Televisión Martí y los cinco cubanos presos en Estados Unidos.

Obviamente, en la visa de Bisa no se estampó todo lo que mandaron a esclarecer los cuatro legisladores, pero la subida en los niveles de ruido ambiental es como la punta del *iceberg* de lo que harán -y mucho más- si el Congreso discute finalmente levantar la prohibición de los viajes de los norteamericanos a Cuba (*travel ban*).

Lo más pegado

En agosto pasado se reiteraron énfasis y se anunciaron cambios. Empezando por estos últimos, en el nivel

burocrático se produjo la designación de Daniel P. Erikson como asesor de la política hacia la Isla -un académico del Diálogo Interamericano, conocido por sus propuestas de manejo alternativo- y de Peter Brennan, un diplomático de carrera colocado al frente del Buró de Asuntos Cubanos del Departamento de Estado. La línea oficial norteamericana resulta clara: dejar caer la pelota al otro lado del terreno manteniendo el embargo/bloqueo, es decir, tomar la iniciativa al margen de la eventual recepción/reacción oficial cubana. Coincide con lo sugerido por asesores y tanques pensantes tipo Cuba Study Group. Con las medidas de Clinton, anunciadas a fines de los años noventa “para ayudar al pueblo cubano”, se conectan ahora tres peculiares *plus*: la asistencia de granjeros norteamericanos a campesinos cubanos, la transferencia de tecnología

-Consumers' Communication Devices, en el argot burocrático- y el fomento del trabajo por cuenta propia en la ciudadanía. Se trata de un paso "cuidadosamente calibrado" que reitera la sempiterna voluntad de Estados Unidos de convertirse en un actor interno en los asuntos cubanos, en este caso utilizando como instrumento a la sociedad civil norteamericana, un constructo que sin dudas puede desafiarse porque esta no es todo lo homogénea que presume el discurso oficial, sustentado en la percepción de la superioridad civilizatorio-cultural del modelo y sus valores. Y no todos los comparten necesariamente.

El otro anuncio consiste en facilitar más los contactos culturales, concretados de un tiempo a esta parte tanto en la expedición de permisos a universidades, profesores, investigadores y artistas como en la presencia de intelectuales, escritores y músicos cubanos en diversos foros norteamericanos. Por razones obvias, estos últimos han connotado mayor perfil público: Carlos Varela, Los Van Van, Buena Fe, la Charanga Habanera, la Orquesta Aragón y Adalberto Álvarez, entre otros, se han presentado en Miami, moviendo la discusión sobre Cuba. Al cabo de décadas sin pisar suelo norteamericano, el cantautor Silvio Rodríguez pudo actuar en San Juan, Nueva York y Orlando.

Desde ahora puede pronosticarse una avalancha de allá a acá, porque el interés de viajar a Cuba ha sido reprimido y continúa ahí para el norteamericano de a pie hasta que se suprima (si finalmente se suprime) el instrumento legal que lo hace imposible, técnicamente hablando; ese flujo cultural-educacional no sería sino una válvula de escape. Y también algo similar, aunque a escala menor, ocurriría de aquí hacia allá, sobre todo si se hace más expedito el proceso de visados y se cuenta con la luz verde a este lado del Estrecho. Esa lógica del contacto tiene sus pro-cons y hasta colisiones propias del oficio, pero en todo caso redundan por lo regular en el debilitamiento/derribo de estereotipos mutuos: nada en este mundo es ni cielo ni infierno a pulso, sobre todo entre personas cultas e inteligentes que suelen evadir los lugares comunes.

Del lado cubano, ha emergido un actor nuevo: la Iglesia Católica. En el actual contexto, por razones propias la Iglesia ha actuado como mediadora en el problema de los presos, un caso inusual de intervención de un actor no gubernamental en la política cubana. Más adelante ocurrieron dos visitas del cardenal Jaime Ortega a Estados Unidos, en la última de las cuales se reunió con James Jones, jefe del Consejo Nacional de Seguridad, y Arturo Valenzuela, secretario de Estado Adjunto para América Latina. La Iglesia valida así su papel de equilibrio ante dos partes en conflicto: del lado norteamericano, se reafirma la percepción de que puede ayudar a resolver satisfactoriamente problemas identificados en la agenda; del lado cubano, por su contribución a poner fin a la huelga de hambre de Guillermo Fariñas una vez lograda la liberación de los presos. El Gobierno se ha montado en ese curso de política con objetivos claros: un posible cambio en la posición común europea y un reforzamiento de las tendencias anti-bloqueo en Estados Unidos, a las que se han sumado segmentos de la llamada disidencia interna. La liberación gradual de los presos ha sido bien recibida por la administración Obama; pero, según su enfoque, "estos pasos no son suficientes" para normalizar relaciones.

En este último dominio, existen dos problemas en juego: primero, el de los cinco agentes cubanos, juzgados en un medio hostil y tragados por el sistema penitenciario por cargos que no cometieron -el más grave, conspiración para asesinar. Se trata de un asunto de alta sensibilidad para la parte cubana, que ha llegado a apelar públicamente a los poderes discrecionales del Presidente a fin de que, con un indulto, puedan regresar a sus casas. Segundo, la detención en Cuba del empleado de la *United States Agency for International Development* (USAID) Alan Gross, sospechoso de realizar actividades de espionaje -algo que la parte norteamericana niega con el argumento de que sólo estaba distribuyendo tecnología en la comunidad judía. Se trata de un terreno propicio para las mediaciones,

como fue el caso de la última visita a Cuba del gobernador de New Mexico, Bill Richardson, quien abordó el tema con las autoridades en el contexto de una misión comercial-cultural, pero con contactos previos con funcionarios norteamericanos de alto nivel a propósito del contratista. El Departamento de Estado ha negado enfáticamente la posibilidad de cualquier canje.

Cerrando el círculo

La política de Obama hacia Cuba continúa y aun profundiza en varios aspectos la implementada por la administración Clinton hacia el final de su mandato. Ese es su modelo. Sus bases conceptuales y políticas provienen del reaganismo: se toma como base el rol de los contactos con el bloque del Este, y en particular con la URSS, para denotar que el sistema pereció debido a esa lógica, "sin disparar un solo tiro". Una simplificación que, entre otras cosas, soslaya que las contradicciones internas generadas por el propio sistema constituyeron su verdadero certificado de defunción. La política de dos vías se estructura desde la aprobación de la Cuban Democracy Act o Ley Torricelli, cuando se refrendan formalmente las maneras aludidas de lidiar con Cuba. "¿Bombardear la Isla? Sí, pero con jeans y Mc Donald's" es una formulación frecuente en el discurso político y mediático norteamericano, sobre todo entre las huestes demócratas (los republicanos suelen ser más "musculosos"). La permanencia del bloqueo comercial y financiero lo hace por lo pronto imposible, pero en su lugar se acude a viajes, remesas y contactos con la finalidad de subvertir al enemigo en el entendido de que el choque con los "valores norteamericanos" -democracia, libre empresa, tecnología e información-- minarán su estabilidad en tiempos de crisis y acelerarán su derrumbe. "Cuanta más interacción con el pueblo cubano, mejor", declaró recientemente el subsecretario Arturo Valenzuela. Ese es el camino de los guerreros.

